

[Miércoles 17 de agosto de 2011] Quinto capítulo de la novela inédita *Arroyo Seco*

■ ■ J.R.M. Ávila*

Pasas la noche vagando, evadiendo el bulto ante cualquier atisbo de peligro: una sirena, las torretas rojazules de una patrulla, disparos lejanos pero interminables, una persona acercándose en sentido contrario. Te encubres tras matorrales, postes, árboles y paredes a medida que avanzas. Pero das un salto irreal ante los arteros ladridos de un perro que aguardaba tu paso frente a las rejas que lo mantienen cautivo. Te detienes hasta recuperarte y sigues caminando.

Ves en tu reloj las dos de la mañana. Los guardias del Tec te miran con recelo y cambias de acera, pasas a un lado del Estadio en que todavía juegan los Rayados, pero te sientes tan desprotegido que prefieres correr, llegar hasta el Auditorio, tomar hacia la derecha, por esta avenida que no conoces y por la que caminas apenas unos metros para tomar Junco de la Vega, cuyo nombre lees en una lámina. Esta calle parece propicia para pasar desapercibido.

Ves a tu izquierda canchas deportivas y, a tu derecha, lavanderías, cafés, negocios que venden comidas, cerrado todo, con excepción de un Oxxo y un 7-eleven. No te atreves siquiera a asomarte. Vienes tan sudado, tan cansado, que seguro te confundirían con un pordiosero o con alguien que lleva malas intenciones. Ojalá fueras invisible para dormir en algún refugio en que nadie pretenda asaltarte, golpearte, o cualquier cosa que a la ciudad se le ocurra.

Sin perder de vista el Cerro de la Silla, ves a lo lejos un puente que pasa sobre un río o un arroyo. No lo distingues todavía. Caminas de prisa, obligándote a guardar la calma y la compostura, a no correr. Cuando encuentras un cauce encementado y un hilito de agua recorriéndolo, piensas en lo insólito de que por estos rumbos no haya caído gota alguna de lluvia.

Cruzas el puente y tuerces hacia la izquierda. Caminas pegado a la malla que bordea al arroyo. Te detienes a respirar tranquilo. Cierras los ojos y no sabes cuánto tiempo los mantienes así. De repente te sorprende un corto sirenazo y te escondes entre hierbas y matorrales, tratando de que su movimiento no te delate. A lo lejos se escuchan detonaciones a granel, pero eso es algo que no preocupa a los guardianes de la ley. Mientras más lejos del peligro, mejor.

Desde la patrulla, una luz intensa apunta hacia donde estás. Pasa y repasa el lugar para cerciorarse de que no se le escape detalle alguno. Por fortuna, las hierbas y los matorrales parecen haber crecido con la finalidad de encubrirte. La luz se apaga, la patrulla continúa su recorrido lento y vuelves a respirar sin temor.

Reanudas la caminata y ya no te detienes. Apresuras el paso en la oscuridad. Al menos cinco luminarias tienen apagados los focos. Hay un tramo pegado a la malla y bajas al pavimento. Llegas a otro puente y encuentras el nombre de la calle Mallorca por la que has bordeado el cauce.

Percibes al oriente rumores de tráfico lejano del que alcanzas a ver luces vagas. Es una avenida. Debe ser, puede ser, tal vez sea... no alcanzas a recordar el nombre, pero sabes cuál es. La luna sale de las nubes, notas delineado el Cerro de la Silla y a tu memoria llega el nombre de la avenida: Revolución.

Te alejas del cauce. Pasas a la derecha de dos escuelas. Lees en otra lámina Boulevard Primavera. Buscas algún escondite, por aquello de requerir un refugio si acaso regresa la patrulla. Si sucede, no se te ocurre más que llegar a las calles que topan con la avenida y correr a esconderte en alguna de ellas.

Lo único que no deseas es alejarte del cauce y, para tu fortuna, reaparece pasando apenas las escuelas, igual de hondo, de ancho y de vacío. La acera se angosta a medida que te acercas a Revolución, pero

*Autor de los libros *Ave Fénix*, *Relámpagos que fueron* y *La Guerra Perdida*. Ha publicado en las revistas *Entorno*, *Política del Noreste* y *A Lápiz* de la UPN Unidad 19B de Guadalupe, N. L.; *Entorno Universitario* de la Preparatoria 16, *Reforma Siglo XXI* de la Preparatoria 3, *Polifonías* de la Preparatoria 9 y *Conciencia Libre*. Correo: jrmavila@yahoo.com.mx

te mantiene al lado del cauce. El tráfico es denso pese a lo avanzado de la madrugada.

De repente aparece una rampa y, como en un chispazo, recuerdas algo que dijo uno de los policías. ¿Qué fue? ¿Qué dijo de un arroyo seco? No fue uno de los policías que te custodiaban. Fue el conductor poco antes de que te escabulleras de la patrulla, parece que lo escucharas en este momento: “Cerca de aquí, en Arroyo Seco, hay una rampa por la que puedo entrar con la patrulla porque pavimentaron con concreto para que el agua se canalizara en tiempo de lluvias, pero ya adentro se llega a un lugar en que no está...”. Fue todo lo que escuchaste. Después se alejaron, pero ya no entendiste lo que decían porque aprovechaste para escapar. ¿Qué quiso decir con aquello de que se llega a un lugar que ya no está...? ¿No está qué?

Es cierto: por aquí cabe una patrulla sin dificultad. Y bajas sin pensarlo, sin temor a mojarte en el hilo de agua que apenas ha crecido desde que bordeas el cauce, con la esperanza de encontrar sentido a lo que le oíste decir: “ya adentro se llega a un lugar en que no está...”. Caminas por el cemento, bajo la luz de la luna. Volteas hacia atrás y no ves movimiento alguno.

Llegas a la sombra de la avenida Revolución y te detienes antes de entrar en ella. Temes que de pronto salga algo o alguien y te ataque. Piensas en maleantes, bichos, perros, gatos, serpientes, osos, murciélagos. Pero es la imaginación tu propia enemiga. Te das cuenta y tratas de tranquilizarte.

Entonces avanzas decidido y en menos de lo que te detuviste a pensarlo antes, cruzas la avenida por abajo. Dejas atrás la sombra, aunque el miedo aún te sacude. Sigues caminando por el plan del Arroyo hasta que escuchas una caída de agua y te encuentras con matorrales enormes, basura diseminada por doquier y un enorme charco alimentado por el tenue hilo de agua que viene por el cauce.

Esto es lo que quiso decir el conductor. Se llega a un lugar en que el Arroyo Seco ya no está pavimentado. Entonces aquí ha sido en donde han venido a tirar... no alcanzas a pensar más, porque un hedor a perro muerto te saca de tus conjeturas. No, no es un olor a perro muerto, sino un hedor a cadáver humano. Es aquí donde han arrojado a la

mujer. Te tapas la nariz con las manos, pero es inútil, el hedor te invade. No sólo está en el charco en que desemboca el Arroyo Seco, se te aloja en la nariz, en los pulmones y en el estómago.

No puedes evitar la náusea ni el vómito inmediato. No sabes cuánto tiempo permaneces arqueado, casi arrojando tus vísceras, pero apenas te repones regresas apresurado y atraviesas la sombra de la avenida sin temor. Sales a todo correr, como si temieras la aparición de la muerta, no del cadáver, sino de su fantasma, recriminándote no haber hecho nada por salvarla, porque no la ultrajaran, porque no la asesinaran.

Caminas sin rumbo, evitando avenidas, escondiéndote de todos, hasta de ti y de tus propias recriminaciones. El sueño se ha ido, aunque no el cansancio, pero, aun así, no dejas de caminar. Y ahora, a punto de amanecer, el hambre te atosiga. La náusea da paso ahora a un hambre desesperada. No sabes si tienes más sueño o más hambre y el miedo a encontrarte con los policías pasa a último término. Buscas por doquier hasta que das por fin con un oxo abierto. Compras frituras, panecillos, refrescos y te sientas a comer en un rincón oscuro, tras una camioneta estacionada en esta avenida que es... volteas a ver la señalización y lees Eloy Cavazos.

Te das cuenta de que estás a menos de diez cuerdas de tu casa. No traes celular, pero no llamarías desde él al número de seguridad estatal. Por eso marcas desde el teléfono público. No das tu nombre. Les dices dónde encontrar el cadáver de la mujer. Arroyo Seco, pasando Revolución donde acaba la canalización. No insisten sobre tu nombre. Se enfocan en el lugar y en lo que van a encontrar. Quisieras advertirles del hedor de la muerta, pero te parece tonto, cosa de niños, y cuelgas.

No lo piensas más, pase lo que pase, hoy dormirás en casa.

Casi al amanecer, bajo el amparo de tu casa, a la que has llegado como ladrón, por la barda de atrás, te metes a la regadera y te bañas largamente, te enjabonas y te enjuagas una y otra vez para desprender de ti los malos olores de este mundo, la pudrición que no deja de atosigarte. A punto de terminar, revive en tu nariz el hedor de la mujer, su

muerte misma, que se adentra en tus poros y vuelves a la regadera.

No das por terminado el baño hasta que sientes que la piel de tus pies y de tus manos se arruga por tanta agua, como cuando niño te llevaban a la alberca y no te hacía salir de ella más que el hambre que te atenazaba y comías a destajo, y tu mamá decía que no tenías llenadera. Y una vez saciada el hambre te contemplabas los pies y las manos de anciano pasado por agua, fastidiado a más no poder mientras se cumplían las dos horas de rigor después de la comida hasta que volvías a meterte a la alberca. Así, como entonces, tienes las palmas de tus manos y las plantas de tus pies.

Apenas alcanzas a secarte y ni siquiera piensas en ropa. Te tiendes con alivio a lo largo de la cama. Enciendes el televisor y encuentras noticieros locales por doquier. Lo mismo de siempre, lo normal de estos tiempos: nota roja relacionada con el narco y sus contrarios que se supone son todos los elementos de las fuerzas del orden. Orden contra desorden, caos contra cosmos, el bien contra el mal, que a veces se intercambian, según quién cuente la historia. Y, por supuesto, los distractores de siempre: deportes, farándula, trivialidades, moda. Sobre todo, fútbol que, como diría un futbolista con cerebro, es lo más importante entre las cosas menos importantes.

Cambias de canal tan rápido, que tienes que regresarte a un noticiero en el que te sale al encuentro la frase: “En Arroyo Seco se ha encontrado...”. Regresas a ese canal a tiempo de escuchar: “La mujer, de la que se desconoce el nombre, y cuyo cadáver estaba devorado, al parecer, por aves carroñeras, fue encontrado en la parte no canalizada del Arroyo Seco. Trascendió que el cadáver fue localizado gracias a una llamada anónima y los forenses aseguran que no hay manera de saber cómo murió”.

Apenas acabas de escuchar la noticia, caes rendido por el sopor. De nada sabes ya, te desprendes del mundo. Los sueños tardan, pero, como es normal en ti, llegan. Es la voz de la muerta que se lamenta: “Y pensar que en un tiempo creí que podrían detenerse las muertes de otras mujeres. Ni siquiera fui capaz de salvarme a mí misma, de prevenir mi muerte. Y ahora que no tengo labios ni lengua, ¿cómo advertir a otras de los peligros que les acechan cada noche?, ¿cómo encontrarlas sin mis

ojos, sin mis oídos?, ¿cómo no equivocarme para no prevenir al asesino en lugar de a ellas? A ciegas y a sordas tropiezo con la noche, con el viento, con la muerte que se atreve a detenerme para que no prevenga ninguna otra”.

La mujer calla, toda ella es oscuridad. La voz de uno de los policías, no sabes cuál, dice con sorna: “Ni que fuera para tanto. ¿Cuánto puede valer la vida de una mujer? Dicen que nos tocan siete. Denme mis siete y todo en paz”. Los otros risotean, se burlan, se jactan de sus villanías, de su impunidad. “Ahora sí, a ver quién viene a acusarnos de violación y muerte, a ver quién se atreve sin pruebas”. Ante sus palabras, retrocedes, pisas algo que cruje y los cuatro policías voltean a verte y se acercan a donde estás, con la espalda pegada a una pared que quisieras traspasar pero que se te opone con dureza, empujándote hacia ellos.

Entonces la muerta se interpone como escudo en contra de ellos: “Encontraron mi cuerpo, pero no me encontraron a mí. Aparecerá mi noticia en periódicos, en televisión, en radio. Muchos escribirán de mí, pero nadie se condolerá. Lo que en realidad quieren es vender anuncios, elevar la audiencia. Describirán mi muerte y nada sabrán de mi vida. Dirán que todo me pasó por puta. No me importa. Pero nada intenten contra él, o se las verán conmigo. No soy de otro mundo todavía. No me iré mientras ustedes no paguen”.

Ellos y tú se quedan tensos, paralizados ante la terrible voz de la aparecida. Recuerdas cómo se quedó cuando la viste muerta. Con los ojos abiertos, sin creer su propia muerte. Los policías te amagan pistola en mano, pero ella, con el espanto de su voz y de su figura que ahora resplandece más blanca que lo blanco, los hace huir despavoridos, lejos de tu sueño.

El silencio aguarda a que los policías desaparezcan de tu sueño. Y entonces, la muerta, triste, se te queda mirando e interpretas su mirada como si esperase una confesión. Quisieras pedir perdón por haberla deseado como un animal, casi al nivel de los otros, por haber estado a punto de violarla también. Te remuerde ese recuerdo. Estás a punto de hablar y se te adelanta: “Pero no lo hiciste”, dice. Callan largo, hasta que ella vuelve a hablar: “Muerta. Así estoy ahora. Cómo recuerdo lo que tanto dicen los sacerdotes en misas de cuerpo presente:

La muerte llega con las sandalias en las manos, con los pies desnudos, como ladrón que no perdona ni a su propia madre. Y así llegó, ni siquiera me di cuenta con tanto dolor, con tanta rabia”.

Sabes de qué habla. Aunque no hayas muerto, sabes ahora que la muerte llega y sopesa los restos, desliza su mano descarnada sobre los huesos de las piernas, recorre los huesos curvos del pecho y da su veredicto. Sin misericordia valora la vida que te resta. Y en cuanto estás a punto, adiós.

La muerta te mira, detenidas sus cuencas en tus ojos, tal vez pensando con paciencia lo que te ha de decir. Mira a lo profundo de tu sueño y vuelve a mirarte sin ojos: “Muerta. Eso soy, así estoy. La muerte no es complicada. Lo más difícil fue soportar mi hedor a muerta, una peste que, aún sin nariz ni olfato, no me dejaba en paz. Gracias por librarme de eso”.

Ella empieza a envejecer, se llena de arrugas en una piel que se va ajando, y se vuelve capas que se deshojan ante una brisa de viento como hojas de un libro sin costuras ni pegamento que vuelan hasta dejar los huesos desnudos. Los huesos se visten de células, tejidos, órganos, músculos, y la piel reaparece, renovada, hasta dejar resplandeciendo de desnudez su cuerpo.

“Por fin voy a descansar.”, dice sin preocuparse de su desnudez. “Desde que me sentí muerta y mi cuerpo empezó a pudrirse despidiendo hedores, quise darme la vuelta y alejarme porque no toleraba el asco. Pero no pude escapar de mi cadáver, no supe cómo alejarme de lo podrido en que me convertía. Tuviste que llegar, soportar el asco, decir dónde podían encontrarme, para que yo esté así, en paz, con mi cuerpo limpio. Lo peor fue la manera en que morí, porque no lo merecía, porque ninguna mujer merece morir así. Ni aquí ni en cualquier otro lugar”.

Te quedas callado. ¿Qué podrías decirle? Prefieres esperar a que termine, a que se desahogue. “La muerte cuelga ya de mis párpados. Ojalá pudiera morir un rato y despertar sin memoria y empezar a vivir, sin recordar que estuve muerta. Yo no hubiera querido morir a manos de esas bestias, pero así morí. Ahora sé que, gracias a ti, tengo la oportunidad de una muerte hermosa, así, con mi cuerpo reencarnado para morir. Es todo lo que pido. Quiero esta segunda muerte y aquí me planto. No quiero comprobar si puedo tener una tercera”.

Y en seguida, sin agregar palabra, la mujer desnuda se difumina, desaparece poco a poco de tu sueño, y te deja dormir en paz, lejos de los sueños, lejos de las pesadillas.